

y que hoy no encontraba. Pensó en los dulces tiempos de sus primeros años, en el cambio fatal que sufría su alma, cada vez más irritada, en la horrible existencia de un hombre atado de pies y manos á una mujer funesta, y atormentado por un demonio que tomaba la forma de aquel cadáver. Pensaba en Raquel, tan joven cuando las consecuencias de su matrimonio le habían acercado á ella, tan reflexiva ahora y tan cercana á la edad en que se empieza á envejecer. Pensó en todas las jóvenes y en todas las mujeres á quienes había visto casarse; en la resignación con que Raquel, por causa suya, seguía su camino tranquilo y solitario; en la sombra de tristeza que algunas veces había visto en su frente animada, sombra que le llenaba de remordimientos y de desesperación. Evocó el retrato de Raquel para colocarlo frente á frente de la imagen infame que la víspera había encontrado en su casa, y se preguntó si era posible que la existencia terrenal de un ser tan dulce, tan bueno, tan fiel, fuese sacrificada por completo á una criatura tan envilecida.

Lleno de estos pensamientos, tan lleno, que le parecía que su corazón iba á estallar, que no veía nada de lo que pasaba á su alrededor, entró en el asilo de su techo doméstico.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CAPÍTULO XXIV. 1925 MONTERREY, MEXICO

Raquel.

Una luz ardía débilmente en aquella ventana, contra la cual tantas veces se había apoyado la escala negra de que hemos hablado, para que por ella se deslizase lo que hay en el mundo más precioso para una madre, viuda y condenada á trabajar para mantener sus hijos hambrientos. Esteban añadió á sus demás pensamientos la reflexión sombría de que de todas las eventualidades de nuestra existencia terrenal, ninguna nos alcanza de un modo más injusto que la muerte. La desigualdad del nacimiento es poca cosa si á esto se compara. Supongamos que el hijo de un rey y el de un obrero han nacido esta misma noche y á la misma hora: ¿qué importa este contraste al lado de la muerte de una criatura humana útil y adorada de los suyos, de quienes era el único apoyo? ¿Por qué ha de morir un pobre padre de familia, y han de vivir seres como la borracha de la mujer de Esteban?

El desgraciado penetró en su casa con el rostro sombrío, con andar perezoso, y conteniendo el aliento. Llegó delante de la puerta, la abrió, y entró en la alcoba.

Habían vuelto la paz y la tranquilidad. Raquel estaba sentada cerca del lecho.

Volvió la cabeza, y la luz de su fisonomía disipó la noche en que estaba sumido el espíritu del obrero. Estaba cerca del lecho, velando y cuidando á una enferma. Esteban comprendió que si había alguien en la cama, no podía ser otra persona que su mujer; pero Raquel había corrido una cortina que le impedía ver á aquella desgraciada, é hizo desaparecer los harapos del vicio para reemplazarlos con sus propios vestidos. Todo ocupaba su respectivo lugar de costumbre; el fuego ardía en la chimenea. Esteban creyó ver todo esto en el rostro de Raquel, y no tuvo necesidad de mirar más. Aquel rostro que contemplaba, se lo ocultaron muy pronto raudales de lágrimas de ternura, que brotaron de sus ojos y oscurecieron su vista; pero ya había tenido tiempo de ver que Raquel le miraba con inquietud, y que también tenía los ojos llenos de lágrimas.

Raquel volvió otra vez la cabeza hacia la enferma, y después de haberse asegurado de que estaba tranquila, habló en voz baja, con tono sosegado y casi alegre.

—¡Cuánto me he alegrado de verte entrar, Esteban! Has tardado mucho.

—Me he paseado por las calles sin saber adónde iba.

—Ya lo había presumido; pero hace muy mal tiempo para pasear. Ruge el viento y está diluviando.

En efecto, la tempestad amenazaba y el viento rugía. ¡Oírle en la chimenea atronar como la tormenta y bramar como el Océano! ¡Haberse hallado en medio de semejante tempestad é ignorar que el viento silbaba! ¡Qué preocupado no estaría Esteban, para no haberse apercibido de ello!

—Esta es la segunda vez que hoy he venido (continuó Raquel). La tendera fué á buscarme á la hora de comer, y me dijo que había aquí una persona enferma que necesitaba asistencia.... Y tenía razón. La enferma está en un delirio permanente, y además, herida.

Esteban se dirigió lentamente hacia una silla, y se sentó, bajando la cabeza tristemente.

—He venido á hacer lo que pudiera, Esteban; primero, porque ella y yo trabajábamos juntas cuando éramos jóvenes, cuando le hacías la corte para casarte con ella y cuando era mi amiga.... Después....

Esteban apoyó su arrugada frente en la mano, lanzando un sofocado gemido.

—Después, porque conozco tu corazón, y estoy segura y cierta de que eres demasiado bueno para querer dejarla; para dejarla morir ó padecer, falta de socorro. Tú sabes quién dijo: «El que de vosotros se crea sin pecado, tire la primera piedra.» No ha faltado quien se las tire á esa infeliz; pero tú no querrás hacer otro tanto, viéndola en un estado tan miserable.

—¡Oh! ¡Raquel! ¡Raquel!

—Has sufrido mucho; que el cielo te lo recompense (dijo con voz conmovedora). Yo soy tu pobre amiga, con todo mi corazón y con toda mi alma.

La herida de que Raquel había hablado estaba, á lo que parece, en el cuello de la mujer perdida, víctima voluntaria de sus asquerosos vicios. Raquel humedeció un paño en cierto líquido que contenía una botella, y lo aplicó á la herida. La mesa de los tres piés estaba cerca de la cama.

Raquel no se hallaba tan lejos como Esteban; éste seguía maquinalmente los movimientos de su amiga, y apenas pudo leer la etiqueta de la botella. Se puso pálido como un muerto, y un súbito horror se apoderó de todo su ser.

—Permaneceré aquí, Esteban, hasta que hayan dado las tres (dijo Raquel, volviendo á sentarse). Á esa hora será preciso volver á humedecer la herida, y entonces podremos dejarla hasta mañana.

—Pero tú necesitas descansar para poder trabajar mañana, amiga mía.

—Anoche dormí bastante. Puedo velar varias noches seguidas, cuando es necesario. Tú eres quien necesita dormir; estás pálido y fatigado. Procura dormirte en esa silla mientras que yo velo. Tu trabajo es más duro que el mío.

Esteban oyó al viento que silbaba y rugía fuera, y le pareció que la ira del elemento rodaba alrededor de la casa, procurando penetrar hasta su lado. Raquel era su ángel custodio, y el infeliz buscaba en ella una defensa contra sí mismo.

—No me ha conocido, Esteban; abre los ojos, pero sin ver nada, y murmura algunas palabras con voz ininteligible. Le he hablado mucho, mucho, pero ella ni siquiera lo ha notado. Quizás haya sido mejor. Cuando vuelva en sí, habré hecho cuanto estaba en mi mano, pero nada sabrá.

—¿Cuánto tiempo crees que permanecerá así?

—El médico ha dicho que mañana recobrará el conocimiento.

Los ojos del obrero se fijaron otra vez en la botella, y volvió á estremecerse, temblando de piés á cabeza. Raquel creyó que aquel estremecimiento era efecto de algún frío adquirido por la lluvia.

—No (dijo), no es eso; es que estoy espantado.

—¡Espantado!

—Sí, sí; desde que entré. Mientras que andaba; mientras que pensaba; mientras que....

Esteban volvió á estremecerse; se levantó apoyándose en la chimenea; se pasó la mano temblorosa por sus cabellos fríos y húmedos, ni más ni menos que si estuviese atacado de parálisis.

—¡Esteban!

Raquel se le acercó; pero Esteban extendió el brazo para detenerla.

—¡No! Quédate donde estás; te lo suplico; quédate donde estás. Que te vea siempre sentada cerca de ese lecho. Que te vea como te he visto al entrar aquí. Nunca podré verte más bien colocada. ¡Nunca! ¡nunca!

Después de un fuerte estremecimiento, se dejó caer en la silla. Al cabo de algún tiempo consiguió calmarse, y apoyando el codo en una de las rodillas y la cabeza en la mano, pudo mirar hacia el lado en que estaba Raquel. Vista á la claridad dudosa de la luz, y al través de sus ojos húmedos, le pareció que tenía una aureola alrededor de la cabeza. Realmente creyó ver, vió aquella aureola mientras el viento sacudía la ventana, agitaba la puerta de la escalera, y rodeaba la casa bramando y lamentándose.

—Esteban, cuando se sienta mejor, te dejará probablemente tranquilo, y no te causará molestia alguna. ¿Qué perdemos en esperarlo así?

Y ahora voy á callarme, porque quiero verte dormir.

Esteban cerró los ojos, más bien por complacer á Raquel que por descansar su fatigada cabeza; pero poco á poco dejó de oír el ruido del viento irritado, ó más bien el ruido se cambió en otro semejante al de su oficio ó al de las demás voces que escuchaba durante el día, incluso la suya, con las mil palabras que realmente habían pronunciado. Pero muy luego aquel débil sentimiento de la existencia acabó también por desaparecer, y Esteban cayó en un sueño agitado.

Soñó que él y otra persona á quien desde mucho tiempo atrás había entregado su corazón (pero no era Raquel, lo cual le sorprendió aun en medio de su felicidad imaginaria), se hallaba en la iglesia, y que el sacerdote los unía. Mientras se celebraba la ceremonia y reconocía entre los testigos á algunos individuos que vivían aún, y á otros que habían muerto, reinaba en la iglesia una oscuridad profunda, á la que sucedieron de pronto torrentes de luz. Aquella luz brotaba de una línea de la tabla que contenía los diez mandamientos, colocada encima del altar, y sus palabras iluminaban el edificio. Resonaban también en la iglesia como si sus letras de fuego hubiesen tenido voz. Entonces cambió la escena que se ofrecía á su vista, y no quedó de ella

nada, nada, más que él y el sacerdote. Era pleno día, y se hallaba ante una muchedumbre tan numerosa, que acaso no hubiera sido mayor reuniendo á todos los habitantes del mundo en el mismo espacio; todos los espectadores le contemplaban con horror; no había una sola mirada benévola ó simpática entre los millones de ojos fijos en su semblante. Se hallaba en una plataforma, y alzando la vista para reconocer el sitio, oyó que recitaban distintamente el oficio de difuntos, y comprendió que estaba allí como condenado á muerte. Un minuto después se derrumbó la plataforma, y se vió perdido.

¿Por qué circunstancia misteriosa pudo resucitar y frecuentar de nuevo los sitios que conocía? No podía explicárselo; pero lo cierto es que había vuelto á la vida llevando consigo su condena, que consistía en no ver más á Raquel; en no oír más su voz en este mundo ni en el otro, en toda la duración inconcebible de la eternidad. Errante aquí y allí incesantemente, sin esperanza, buscando sin saber qué, pues sabía sólo que estaba condenado á buscar, se sentía poseído de un terror horrible, sin nombre; tenía miedo de una sombra fatídica que le perseguía incesantemente. Todo cuanto miraba, tomaba más tarde ó más temprano aquella forma. El único objeto de su miserable existencia era impedir que aquella muchedumbre la reco-

nociese. ¡Preocupaciones inútiles! Si conducía á los curiosos fuera de una sala en que la sombra se hallase; si cerraba cualquier sitio ó lugar en que se recogía, y lograba hacerlos salir á la calle, hasta las mismas chimeneas se transformaban en otras tantas sombras.

El viento volvía á rugir; la lluvia corría por los techos; y los grandes espacios al través de los cuales Esteban había vagado hasta entonces, se estrecharon entre las cuatro paredes de su alcoba. Nada había cambiado de lugar desde que cerró los ojos; sólo el fuego de la chimenea se había extinguido. Raquel parecía dormir en una silla, no lejos de la cama. Dormía envuelta en su chal y completamente inmóvil. La mesa estaba en el mismo sitio, y sobre la mesa se hallaba, en su proporción y su aspecto real, la forma que tantas veces había visto en sueños.

Creyó que la cortina se agitaba. Miró otra vez, y vió que se agitaba en efecto. Vió una mano que adelantaba y parecía buscar algo á tientas. Después la cortina se agitó más sensiblemente, y la mujer que ocupaba el lecho se incorporó.

Los ojos desolados, perdidos, espantados, que aquella mujer paseó alrededor de la alcoba, pasaron sin detenerse por el rincón en que Esteban dormía en la silla; pero muy luego sus miradas volvieron á pasar por aquel sitio, y se sirvió de

la mano como de una pantalla para examinar al obrero con más detención. Otra vez aún volvió á mirar toda la alcoba, sin que al parecer reparase en Raquel, y fijó los ojos en Esteban, haciendo nuevamente una pantalla de la mano, buscándole con un instinto brutal, que le decía que allí estaba el obrero. Esteban comprendió que en aquellas facciones ajadas por el vicio, y en el espíritu que respiraba en aquel cuerpo, no quedaba ya ningún rastro de la mujer con quien se había casado diez y ocho años antes. Si no la hubiese visto descender paso á paso hasta aquel extremo de degradación, no hubiera podido persuadirse de que era aquella misma la mujer.

Todo aquel tiempo, como si hubiese estado bajo la influencia de un encanto, permaneció inmóvil y reducido á la impotencia. No podía hacer otra cosa que mirarla.

Permaneció sentada algún tiempo, con las manos á la altura de las orejas, y abandonada á un sueño idiota ó á reflexiones que no lo eran menos. Apoyada así la cabeza, empezó á hacer un examen de la alcoba, y entonces, por primera vez, sus ojos se fijaron en la mesa en que estaban las botellas. En seguida dirigió á Esteban otra mirada, en que se repetía el desafío de la víspera, y extendió su mano ávida con lentitud y precaución. Se apoderó de una taza, y permaneció algunos minutos inmóvil, no sabiendo qué

botella elegir. Al fin se apoderó, en un arrebato de insensatez, de la que contenía una muerte pronta y segura, y en los ojos mismos de Esteban quitó el tapón con los dientes.

Sueño ó realidad, Esteban no pudo pronunciar una palabra; más aún: le fué de todo punto imposible moverse.

Si el peligro es real, y la última hora de esa infeliz no ha sonado, ¡despiértate, Raquel, despiértate!

La enferma demostró un gran miedo. Miró á Raquel; después, con mucha lentitud y con mucha precaución, cogió la taza, y muy luego la llevó á sus labios. Un instante más, y nada podría salvarla, aunque el mundo entero corriera en su socorro. Pero en el mismo momento, Raquel se lanzó á ella exhalando un grito. La infortunada hace violentos esfuerzos, da una bofetada á Raquel, y la sujeta por los cabellos; pero Raquel se apodera de la taza.

Al fin pudo Esteban romper el encanto y levantarse.

—Raquel, no sé si estoy soñando ó despierto. ¡Qué horrible noche!

—¿Pues qué pasa, Esteban? Nada ha sucedido. Yo me dormí también... ¡Silencio! Oigo un reloj...

Ei viento llevó hasta la ventana el sonido del reloj de la iglesia vecina. Prestaron atención, y

oyeron las tres. Esteban miró á su amiga; observó su palidez; vió que sus cabellos estaban en desorden, y reparando que tenía en la frente sangrientas señales de las uñas de su mujer, se convenció de que cuanto había visto y presenciado era real y verdadero. Además, Raquel tenía aún la taza en la mano.

—Estaba segura de que pronto habían de dar las tres (dijo vertiendo en la botella tranquilamente el contenido de la taza, y humedeciendo el lienzo, como ya lo había hecho antes). Cada vez estoy más contenta de haberme quedado aquí.... Nada hay que hacer en administrándole esta medicina. ¿No ves qué tranquila está? Hay que tener mucho cuidado con esta droga, porque una pequeñísima porción puede causar la muerte.

Diciendo esto, vació la botella en las cenizas, y la rompió después contra la chimenea.

Sólo le faltaba envolverse bien en su chal, antes de exponerse al viento y la lluvia.

—La hora es muy avanzada, y me permitirás que te acompañe.

—No, Esteban; la distancia es muy corta, y en menos de cinco minutos estoy en casa.

—¿No tienes miedo de dejarme solo con ella?— le preguntó el obrero en voz baja, mientras se dirigían á la puerta.

—¡Esteban!—le dijo Raquel, mirándole cariñosamente.

Esteban se hincó de rodillas en aquella pobre y miserable escalera, y llevando á sus labios el extremo del chal de Raquel, exclamó:

—¡Eres un ángel! Dios te bendiga.

—No; soy únicamente, como te he dicho, una amiga muy cariñosa. No me parezco en nada á los ángeles. Entre ellos y una obrera llena de defectos, media un abismo profundo. Mi hermana pequeña sí está entre ellos; pero es porque cambió de vida.

Raquel abrió un momento los ojos al pronunciar estas palabras; después volvió á bajar su vista con toda su bondad y su dulzura, fijándose en el rostro del obrero.

—También tú has hecho que cambie mi vida. Tú me haces que desee humildemente parecerme, más y más, á ti, por no perderte, al menos cuando salgamos de este mundo, y desaparezcan tantas miserias. Eres un ángel, y no sabes que quizás has salvado mi alma de la perdición.

Raquel miró al obrero arrodillado á sus piés y teniendo entre las manos el extremo de su chal, y la reconvencción que iba á dirigirle espiró en sus labios, cuando reparó en aquellas facciones agitadas.

—Entré con el corazón henchido de rabia, desesperado al pensar que por haber pronunciado una palabra de queja, se me ha tenido por un

hombre sin juicio. Ya te dije que he tenido miedo, y la única causa fué la botella, el veneno que vi sobre la mesa. Nunca he hecho daño á alma alguna viviente; pero al fijar los ojos en la botella, me ocurrió un pensamiento.... ¿Quién sabe lo que hubiera podido ser de ella, de mí, acaso de los dos?...

Pálida de terror, Raquel tapó con ambas manos la boca de Esteban, como para impedirle que pronunciase una sola palabra más.

Esteban se apoderó de aquellas manos, y estrechándolas entre las suyas, continuó con rapidez:

—Raquel, ¡te he visto tan cerca del lecho! Te he visto toda esta noche. Durante mi sueño sabía que estabas allí.... Te veía, aun teniendo los ojos cerrados. No la volveré á ver; nunca pensaré en ella sin figurarme que estás á su lado. No volveré á ver, no pensaré nunca en una cosa que me irrite, sin figurarme que estás junto á mí para devolverme la calma. Y del mismo modo procuraré esperar, procuraré tener confianza en el porvenir, en la época dichosa en que tú y yo nos iremos juntos muy lejos, más allá del golfo profundo, á ese país que habita tu hermana.

Esteban volvió á besar las puntas del chal de Raquel, y la dejó partir. Ella se despidió con voz agitada, y salió á la calle.

El viento soplaba á la parte en que el día iba á aparecer muy pronto, y continuaba rugiendo. Las nubes se habían dispersado; la lluvia corría á regar otras regiones, y las estrellas brillaban en el cielo. Esteban salió también á la calle, y vió que Raquel se alejaba rápidamente. Lo que el resplandor de las brillantes estrellas era al lado de la luz descolorida de la vela que ardía en la ventana, era Raquel en la inculta imaginación del obrero al lado de todas las ocupaciones diarias de su vida.